



CARLOS
PEÑA

Kast y la derecha liberal

Uno de los grandes misterios de la política chilena lo constituye la existencia, o inexiste-
cia, de una derecha liberal. Y a él le sigue la
incógnita de si los liberales de derecha, supues-
to que los haya, se incorporarán al gabinete del
futuro Presidente.

¿Cuáles son los principios de una derecha
liberal? Responder esta pregunta puede ayudar
a dilucidar el misterio y resolver la incógnita.

Si bien quienes dicen pertenecer a ese sector
han sido más o menos mezquinos a la hora de
darlos a conocer (nunca se había visto políticos
más pudorosos cuando de ideas se trata) hay
algunos que parecen obvios y sin adherir a los
cuales el adjetivo liberal pierde todo sentido. El
primero de todos lo constituye el respeto irre-
stricto por la autonomía o la esfera de autog-
obierno personal en materias tan relevantes
como la moral sexual, o el inicio y el fin de la
vida. Desde este punto de vista, un liberal
debería ser propicio a una razonable entrega de
información en cuestiones de sexualidad en los
programas escolares; no debiera tener injeren-
cia, ni pretender tenerla, en la intimidad ajena;
debería esmerarse por conferir igualdad desde
el punto de vista público a todas las formas de
vida, incluidas las minoritarias (y especialmente
las minoritarias); debiera, en fin, ser partidario
de permitir el aborto al menos en las causales
ya establecidas (y resistirse entonces a cam-
biarlas) y, desde luego, apoyar firmemente la
eutanasia, la posibilidad de que cada uno pueda
contar, para cuando la vida se haga dolorosa e

insopportable a extremos indecibles, con una
puerta de escape; y debiera, en fin, alertar de
que en una sociedad decente las reglas no deben
abandonarse nunca aunque el miedo, atizado
por las noticias del día a día, se expanda.

No parece haber en Chile una derecha que
endose, sin mayores restricciones, esos princi-
pios.

No lo parece. Y si la hubiera es poco proba-
ble que pudiera incorporarse al futuro gobierno
del Presidente José Antonio Kast quien, como
todos saben, rechaza esos principios, y si bien
ha sostenido que no promoverá iniciativas
inspiradas en ellos (puesto que, en su opinión,
el suyo debe ser un gobierno de emergencia,
una emergencia cuyas bases fácticas a la luz de
la reducción de la pobreza y los indicadores
económicos hay que poner en duda) es difícil
imaginar a un liberal dando sustento a quien
niega lo que él apoya y que constituye su su-
puesta identidad. No es imaginable (lo es,
pero constituiría una inconsistencia insalvable)
un área técnica, como Obras Públicas, servida
por alguien que se dice liberal, en medio de un
gabinete donde él o la ministra de Educación

son partidarios de omitir la educación sexual o
transformarla en un esfuerzo normalizador.
Algo así no sería simplemente comprensible. O
el Ministerio de Transportes servido por alguien
que se declare, o hasta ahora haya presumido,
ser liberal, en un gabinete donde el Ministerio
de la Mujer se reduzca a promover acciones
asistenciales en vez de inducir cambios en la
división sexual del trabajo.

Y así.

La conclusión de todo lo anterior es bastante
sencilla: o en Chile hay liberales de derecha y
entonces el gobierno de José Antonio Kast no
contará con ellos; o quienes dicen serlo se
incorporarán al gobierno y desmentirán, así, su
propia definición.

El resultado de todo esto es bastante obvio y
probará algo que todos saben con solo mirar el
panorama político. Desde que cayó la dictadura
hasta hoy, uno de los grandes déficits de la
cultura política chilena es la ausencia de una
derecha genuinamente liberal. Ha habido una
derecha de origen gremialista, que aspira a
conciliar el orden de mercado con un marcado
conservadurismo (de la que de algún modo es

heredero José Antonio Kast); una derecha
nacionalista (que con componentes libertarios
representa Johannes Kaiser); una derecha de
marcado tono plutocrático y tecnocrático
(como es el caso de Renovación Nacional). Pero
en medio de ese panorama no existe una dere-
cha liberal, una derecha sin sentido de clase,
convencida del valor moral de la meritocracia,
crítica de veras de las ventajas de cuna, com-
prometida con la autonomía personal y el más
amplio debate en la esfera de la cultura, cons-
ciente además de que las libertades se hacen
sal y agua si nada material es capaz de soste-
nerlas, motivo por el cual un liberal de esa
índole entra en rápido diálogo con la socialde-
mocracia.

Por eso será difícil ver en el gabinete del
futuro Presidente José Antonio Kast a integrantes
de la que presume ser una derecha liberal;
aunque los liberales que pudieran sumarse
(dando cuenta de cuán descafeinada es su con-
vicción) ya cuentan para hacerlo con el pretexto
(pretexto que los datos de estos días sobre la
pobreza desmienten) de que ello se debe a la
emergencia en que, en este tiempo, se vive. ■

En estos días en que el futuro Presidente designa su gabinete, una pregunta ronda en el aire: ¿qué ocurrirá con la derecha liberal?